

INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN EL AULA

Lo bueno, lo malo y lo peligroso

*Una guía crítica para no dejarse engañar
por la moda tech*



Regina N. Molares

Autora de "Pedagogía Aumentada"

Inteligencia Artificial en el aula: Lo bueno, lo malo y lo peligroso

Una guía crítica para no dejarse engañar por la moda tech

Regina N. Molares



INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN EL AULA: Lo bueno, lo malo y lo peligroso

© Regina N. Molares

La imagen de la cubierta fue generada con inteligencia artificial. Edición final: Regina N. Molares.

I^a edición

© 2025 **Regina N. Molares**
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabación o cualquier otro— sin la previa autorización escrita de la autora.

Para consultas sobre derechos y permisos, comunicarse a:
data.regina.cursos@gmail.com

Regina N. Molares

Inteligencia Artificial en el aula: Lo bueno, lo malo y lo peligroso

Una guía crítica para no dejarse engañar por la moda tech

Dedicatoria

*Para quienes creen que la educación
sigue siendo un acto profundamente humano,
incluso en la era de los algoritmos.*

ÍNDICE

ÍNDICE.....	5
Nota de la autora.....	9
Sobre este libro.....	9
CAPÍTULO 1	
El elefante en el aula.....	12
CAPÍTULO 2	
Lo que ya estaba pasando antes del boom.....	16
El déjà vu tecnológico.....	16
La fe en la máquina (y sus recaídas).....	17
Lo que aprendimos (y lo que no).....	18
La ilusión del progreso automático.....	18
El hilo que conecta todo.....	19
CAPÍTULO 3	
La irrupción generativa: ChatGPT en el aula.....	21
De copiar y pegar a copiar y generar.....	21
Lo que cambia (aunque no queramos verlo).....	22
Anécdota de pasillo.....	23

El espejismo de la productividad.....	23
La IA como espejo pedagógico.....	24
Entre el miedo y la oportunidad.....	24
CAPÍTULO 4	
Las trampas del entusiasmo.....	26
La fiebre de la automatización.....	26
La confusión entre eficiencia y mejora.....	27
La moda de “la escuela del futuro”.....	28
Los peligros invisibles.....	28
Una escena reconocible.....	29
La resistencia lúcida.....	30
El entusiasmo bien dirigido.....	30
CAPÍTULO 5	
¿Nos ayuda o nos reemplaza?.....	31
Lo que la IA hace bien (y demasiado bien).....	31
La trampa de la productividad.....	32
La ilusión de la creatividad automática.....	33
La evaluación en crisis.....	33
El valor de lo humano.....	34
No competimos con la IA, competimos con nuestra versión automática.....	35
CAPÍTULO 6	
¿Y la ética dónde está?.....	36
Cuando el algoritmo se vuelve invisible.....	36
Sesgos que enseñan.....	37

El espejismo de la inclusión.....	38
¿Quién cuida a los chicos cuando la IA educa?.....	39
De la transparencia al criterio.....	39
Ética sin solemnidad.....	40
CAPÍTULO 7	
Lo que podemos hacer hoy.....	41
1. Enseñar con IA sin rendirse a ella.....	41
2. Enseñar a desconfiar.....	42
3. Rediseñar las consignas.....	43
4. Proteger la autonomía docente.....	43
5. No hacerlo solo.....	44
6. Recordar qué sigue siendo insustituible.....	45
7. Cerrar con esperanza, no con resignación.....	45
CAPÍTULO 8	
Más allá de la moda: ¿qué queremos enseñar?.....	47
La educación que queremos.....	47
No queremos volver atrás.....	47
Educar en tiempos de algoritmos.....	48
Lo humano como último algoritmo.....	49
La escuela como lugar de sentido.....	49
Un cierre sin punto final.....	50
EPÍLOGO	
La puerta abierta.....	51
ANEXO I:	
7 preguntas para no dejarte engañar por la IA.....	53

ANEXO II:

Checklist para docentes.....	56
IA en el aula sin perder criterio.....	56
GLOSARIO.....	58
BIBLIOGRAFÍA.....	62
Breve y comentada.....	62
SOBRE LA AUTORA.....	64

Nota de la autora

Sobre este libro

Este libro nació como una versión más liviana —aunque no menos crítica— de mi trabajo *Pedagogía Aumentada: cómo enseñar y aprender en tiempos de algoritmos y creatividad artificial*.

Aquel texto reúne la base teórica, las referencias y los casos de estudio.

Este, en cambio, busca acercar esas ideas a quienes viven la educación en el día a día: docentes, directivos, estudiantes y curiosos que quieren entender qué está pasando con la IA en el aula sin tener que leer cien notas al pie.

Lo que sigue no reemplaza al trabajo académico: lo traduce.

Quienes trabajan en el diseño de políticas educativas, en la formación docente o en la gestión institucional pueden encontrar en *Pedagogía Aumentada* un desarrollo más amplio: marcos éticos internacionales, análisis comparativos de

programas en América Latina y una hoja de ruta práctica para implementar IA en contextos educativos reales.

Allí se detallan indicadores, fases de trabajo y criterios de gobernanza que complementan la mirada más narrativa de este libro.

En otras palabras: este texto conversa con aquel. Uno plantea el mapa general; el otro, los caminos que se pueden recorrer sin perderse.

La intención es sencilla.

Llevar la conversación sobre inteligencia artificial fuera de los congresos y devolverla al aula, a los grupos de profes, a los espacios donde se enseña y se aprende con lo que se tiene.

La IA ya está entre nosotros —en los buscadores, en los campus virtuales, en los exámenes y en los chats de medianoche—, pero todavía nos falta discutir qué tipo de educación queremos construir con ella.

Estas páginas no ofrecen recetas ni fórmulas.

Ofrecen preguntas, advertencias y estrategias de sentido común. Porque educar en tiempos de algoritmos no significa seguir instrucciones nuevas, sino recuperar una vieja costumbre: **pensar antes de hacer.**

Si el libro logra que alguien vuelva a mirar su aula con una mezcla de desconfianza y entusiasmo, habrá cumplido su propósito.

Si alguna palabra te resulta extraña, buscalo en el “Glosario” al final: está explicado sin tecnicismos.

CAPÍTULO 1

El elefante en el aula

En los últimos meses, muchas escuelas y universidades parecen haberse convertido en templos del algoritmo. Algunos prohíben la inteligencia artificial como si fuera un virus. Otros la veneran como si fuera la salvación de la educación. En ambos casos, el aprendizaje suele quedar en segundo plano.

La escena se repite: una directora anuncia que “*vamos a incorporar IA en las aulas*” sin saber muy bien qué significa eso. En la sala de profesores, alguien levanta la mano: “*¿Eso quiere decir que ChatGPT nos va a reemplazar?*”. Silencio incómodo. Alguien más agrega: “*Ojalá, así nos pagan por mirar*”. Risas nerviosas. Detrás de ese chiste hay una sospecha que todos compartimos: algo grande cambió, y

todavía no tenemos claro si es una oportunidad o una trampa.

Hablar de IA en educación es, en el fondo, hablar de poder. Quién decide cómo se enseña, quién controla los datos, quién se beneficia cuando una plataforma “aprende” de nuestros estudiantes.

Y, sobre todo, quién queda afuera cuando el entusiasmo técnico no alcanza.

Durante años, la tecnología escolar se vendió como sinónimo de modernidad. Pasamos del proyector al aula virtual, del aula virtual al chatbot, y del chatbot al “asistente inteligente”. Siempre con la promesa de liberar tiempo docente, personalizar la enseñanza o hacer mágicamente “más eficientes” los aprendizajes. Pero lo que suele liberarse no es tiempo: son presupuestos. Y lo que se personaliza no siempre es el aprendizaje, sino el control.

El problema no es la IA. El problema es el modo en que la educación absorbe cada moda tecnológica sin preguntarse por qué.

La historia reciente ya nos dio varias pistas. Cuando aparecieron los campus virtuales, dijimos que se acababa el

papel. Cuando llegaron las analíticas de aprendizaje, dijimos que al fin íbamos a entender cómo piensan los estudiantes. Cuando irrumpió ChatGPT, dijimos que el conocimiento estaba al alcance de todos.

Y, sin embargo, seguimos repitiendo las mismas preguntas básicas: ¿por qué algunos aprenden y otros no?, ¿qué es enseñar?, ¿cómo se construye sentido en una pantalla?

El elefante en el aula no es la inteligencia artificial. Es la **falta de criterio** con que la usamos.

La IA no reemplaza al docente; reemplaza al docente que no piensa.

Y si algo debería enseñarnos esta revolución tecnológica, es que la inteligencia —humana o artificial— no sirve de mucho sin conciencia crítica.

Por eso este libro no es un manual de herramientas. Es una guía para no dejarse engañar por la moda tech.

Para distinguir cuándo la IA ayuda a enseñar y cuándo solo disfraza viejos problemas con nombres nuevos.

Para recuperar el control sobre lo pedagógico, antes de que lo pedagógico se convierta en un apéndice de lo técnico.

En las próximas páginas vamos a recorrer lo bueno, lo malo y lo peligrosamente ingenuo del desembarco de la IA en las aulas. No desde la paranoia, sino desde el sentido común. Porque si algo necesitamos hoy no son más algoritmos, sino más humanidad organizada.

CAPÍTULO 2

Lo que ya estaba pasando antes del boom

La inteligencia artificial no aterrizó en las aulas como un meteorito. Llegó en cuotas, camuflada dentro de plataformas, formularios y sistemas “inteligentes” que nadie revisó demasiado.

Cuando ChatGPT se volvió tema de conversación, muchos docentes creyeron que era el comienzo de algo. En realidad, era el capítulo más visible de una historia que ya venía escrita.

El déjà vu tecnológico

Primero fueron las plataformas de e-learning. Nos prometieron la revolución del aprendizaje: PDFs descargables, foros eternamente vacíos y tareas que se subían a una nube que nadie miraba. Después llegaron las analíticas de aprendizaje: tableros de colores que decían “qué estudiante está en riesgo de

abandono”, como si la vida escolar pudiera resumirse en un semáforo.

Y antes de que nos diéramos cuenta, ya convivíamos con algoritmos que corregían exámenes, recomendaban contenidos o decidían a quién le aparecía el curso primero en la lista. Eso también era inteligencia artificial, aunque nadie lo dijera con tanto glamour.

La educación lleva décadas delegando tareas en sistemas automáticos. Lo nuevo no es la presencia de la IA, sino su **visibilidad**. Antes estaba escondida en el código; ahora tiene nombre, voz y hasta sentido del humor (programado, claro).

La fe en la máquina (y sus recaídas)

Cada ola tecnológica llega acompañada de la misma promesa: *esta vez sí*.

Esta vez la tecnología va a mejorar la calidad educativa, va a personalizar la enseñanza, va a reducir la brecha, va a hacer que los chicos se entusiasmen. Y cada vez, al final, descubrimos lo mismo: que sin una política sostenida y sin acompañamiento docente, el milagro no ocurre.

Argentina tuvo su gran experimento con **Conectar Igualdad**. Millones de netbooks entregadas, una infraestructura que

muchos países envidiaban y, sin embargo, impacto pedagógico moderado. Uruguay, con el **Plan Ceibal**, logró continuidad y mejores resultados. La diferencia no fue tecnológica: fue de acompañamiento y coherencia.

Es decir, no alcanza con repartir máquinas. Hay que enseñar a pensar con ellas.

Lo que aprendimos (y lo que no)

De cada intento nos quedaron aprendizajes valiosos: que la conectividad no es lo mismo que la inclusión; que un aula virtual sin criterio es un depósito digital; que el entusiasmo tecnológico puede tapar preguntas más incómodas sobre desigualdad y sentido.

También aprendimos algo más sutil: la tecnología amplifica lo que ya somos. Si una escuela funciona con lógica de control, el software la vuelve más controladora. Si fomenta autonomía, la tecnología puede potenciarla.

El problema es que rara vez usamos la IA para mejorar el pensamiento crítico o la empatía. La usamos para **corregir más rápido**.

La ilusión del progreso automático

Lo más curioso es que este ciclo de euforia y desilusión se repite cada diez años, como una moda que cambia de nombre. En los noventa fue la “revolución multimedia”, después el “aula digital”, ahora la “inteligencia artificial educativa”.

Cada vez que llega una novedad, los discursos se inflan de palabras grandes: transformación, innovación, disruptión. Lo difícil sigue siendo enseñar bien.

Mientras tanto, los docentes seguimos haciendo malabares con la burocracia, las planillas, los horarios y los alumnos que tienen más acceso a TikTok que a una conexión estable. En ese contexto, hablar de “educación aumentada por IA” sin hablar de **condiciones reales** es casi un chiste cruel.

El hilo que conecta todo

Si uno mira la historia reciente, lo que aparece es una constante: la tecnología siempre promete resolver lo que la pedagogía no quiere mirar.

Y como toda promesa política, se disfraza de neutralidad técnica.

Por eso este libro no va a discutir si usar o no usar IA. Eso ya ocurre, nos guste o no.

La pregunta más interesante es otra: **¿quién decide cómo se usa?**

Antes de hablar del alumno con IA en el bolsillo, necesitamos reconocer que los algoritmos ya estaban en la escuela. Solo que ahora, por primera vez, los podemos ver. Y lo que se ve no siempre gusta.

CAPÍTULO 3

La irrupción generativa: ChatGPT en el aula

Cuando apareció ChatGPT, el mundo educativo entró en modo pánico. Algunos docentes lo prohibieron de inmediato, como si fuera un demonio digital. Otros lo adoptaron sin leer la letra chica, fascinados con la idea de que al fin alguien —aunque sea una máquina— les corrigiera las redacciones.

Y entre ambos extremos, millones de estudiantes descubrieron que podían generar un ensayo en treinta segundos, con ortografía impecable y cero estrés.

Bienvenidos a la era de la **inteligencia artificial generativa**, la primera tecnología educativa masiva que no enseña, sino que **produce**.

De copiar y pegar a copiar y generar

Antes, el pecado académico era el *copy-paste*. Había que buscar un texto, copiarlo y disimularlo con sinónimos. Hoy, la IA hace el

trabajo completo: escribe, parafrasea, cita (a veces inventa las citas) y se autoproclama coherente.

El alumno ya no busca información: busca una respuesta lista para entregar. Y lo logra.

El problema es que la IA **no entiende** lo que dice.

Lo que hace es generar combinaciones plausibles de palabras en función de patrones estadísticos. En otras palabras: no piensa, pero escribe como si lo hiciera. Y lo hace tan bien que a veces engaña al propio docente.

El peligro no está en que los estudiantes usen IA. Está en que la crean infalible.

Lo que cambia (aunque no queramos verlo)

Durante años enseñamos a “buscar información”, a “citar fuentes”, a “organizar un texto”.

Pero si una herramienta puede hacerlo por nosotros, ¿qué queda del aprendizaje?

No se trata de nostalgia académica. Se trata de redefinir qué significa **comprender**.

Porque entender no es redactar bonito: es tener criterio. Y el criterio, al menos por ahora, no se automatiza.

La irrupción generativa expone las zonas cómodas del sistema educativo.

Nos obliga a revisar qué tareas tenían valor real y cuáles eran puro trámite.

Si una IA puede resolver una consigna en segundos, el problema no es la IA. Es la consigna.

Anécdota de pasillo

Un profesor de historia contó que, al corregir una tanda de trabajos, notó que tres alumnos habían entregado ensayos idénticos. No iguales en texto, sino en tono: todos sonaban como un funcionario sueco con vocabulario de Naciones Unidas.

Cuando les preguntó, uno respondió con total honestidad:
—Profe, no lo hice con mala intención. Solo le pedí al ChatGPT que escribiera como alguien serio.

Y lo hizo.

El problema no es el plagio. Es la **delegación del pensamiento**. Estamos criando estudiantes que saben pedir, pero no saben revisar.

El espejismo de la productividad

En muchos talleres y capacitaciones, la consigna ahora es “usar IA para ser más eficientes”.

La pregunta que casi nunca aparece es “**eficientes para qué**”.

Eficiencia sin propósito es velocidad hacia ninguna parte.

Y cuando la escuela adopta esa lógica, corre el riesgo de enseñar a producir sin entender.

Una clase con IA no debería ser más rápida, sino más reflexiva.

El valor está en enseñar a dudar del resultado automático, no en premiar al que entrega primero.

La IA como espejo pedagógico

Lo fascinante de esta tecnología es que no solo muestra lo que puede hacer un algoritmo, sino también lo que nosotros dejamos de hacer.

Si un chatbot puede responder igual que un estudiante promedio, algo anda mal con la forma en que estamos evaluando la comprensión.

La IA no viene a reemplazarnos. Viene a ponernos un espejo incómodo enfrente.

Entre el miedo y la oportunidad

Prohibir ChatGPT es inútil: los alumnos ya lo usan en sus celulares.

Ignorarlo también: el docente que no lo prueba queda fuera de una conversación que igual lo afecta.

La salida no es ni adorarlo ni exorcizarlo, sino **domesticarlo pedagógicamente**.

Aprender a preguntarle, a ponerle límites, a usarlo como trampolín para pensar más hondo.

La IA generativa es como un alumno aplicado pero sin conciencia: hace todo lo que le pedís, pero no sabe por qué.

Nuestra tarea no es competir con ella, sino enseñarle a los humanos a **no parecerse tanto**.

CAPÍTULO 4

Las trampas del entusiasmo

Cada vez que aparece una nueva tecnología, el sistema educativo reacciona como si hubiera descubierto el fuego.

Enseguida surgen congresos, consultoras, cursos “con certificación internacional” y un ejército de “expertos en innovación educativa” que hace seis meses todavía enseñaba PowerPoint.

La inteligencia artificial no fue la excepción.

En 2023, mientras los docentes todavía se preguntaban qué era un *prompt*, ya había instituciones presentando “estrategias de IA generativa para la transformación del aprendizaje”. Traducción: PowerPoint con palabras más largas.

La fiebre de la automatización

El entusiasmo es comprensible. La IA promete ahorrar tiempo, corregir exámenes, generar planificaciones, preparar diapositivas, resumir textos.

Y claro, ¿a quién no le vendría bien un ayudante invisible que haga la parte aburrida del trabajo?

El problema empieza cuando ese asistente invisible **empieza a tomar decisiones pedagógicas** sin que nadie lo note.

Ejemplo clásico: la plataforma que “recomienda contenidos personalizados” para cada alumno. Suena maravilloso, hasta que descubrimos que personalizar significa “mostrar más de lo mismo que el algoritmo cree que te gusta”.

La misma lógica que usa Netflix para recomendar series, aplicada al aprendizaje.

Y así, lo que debería ampliar horizontes termina reforzando burbujas cognitivas.

La confusión entre eficiencia y mejora

Uno de los grandes malentendidos de la innovación educativa es creer que automatizar tareas es igual a mejorar la educación.

La IA puede acelerar procesos, pero **no corrige errores pedagógicos**.

De hecho, a veces los perpetúa con más elegancia.

Una rúbrica injusta aplicada por un algoritmo sigue siendo injusta, solo que ahora lo hace a escala y con un dashboard de colores.

Y una tarea mal planteada corregida por IA se convierte en una cadena de repeticiones vacías, impecablemente ordenadas.

La moda de “la escuela del futuro”

Hay instituciones que hablan de “la escuela del futuro” con tanto fervor que una sospecha empieza a flotar: ¿y si todavía no entendimos la del presente?

Las presentaciones prometen aulas sin papel, docentes digitales, estudiantes autónomos y aprendizaje 24/7.

Pero cuando uno pregunta cómo planean lograrlo, las respuestas se diluyen entre slogans y convenios con startups.

La educación no necesita más tecnología: necesita **criterio** para usar la que ya tiene.

Los peligros invisibles

No todas las trampas del entusiasmo son obvias. Algunas se disfrazan de buena intención:

- **El solucionismo:** creer que cada problema educativo tiene una app que lo resuelve.

- **La fascinación estética:** confundir visualización de datos con comprensión real.
- **El evangelismo tech:** pensar que resistirse a la IA es ser “enemigo del progreso”.

El riesgo más grande es perder autonomía pedagógica sin darnos cuenta.

Cuando las decisiones sobre qué, cómo y cuándo enseñar se delegan a una plataforma, la escuela deja de ser un espacio de pensamiento para convertirse en una sucursal de software.

Una escena reconocible

Una profesora de literatura comentó que su institución contrató una “solución integral de evaluación automática”. El sistema corregía exámenes, daba feedback y generaba informes de rendimiento.

A las tres semanas, los docentes descubrieron que el algoritmo marcaba como “error ortográfico” las palabras en lunfardo.

Nadie había configurado el diccionario regional.

Resultado: el sistema penalizaba a los alumnos por escribir como hablan.

Lo más inquietante no fue el error técnico, sino la reacción institucional:

—No importa, igual es más rápido que hacerlo a mano.

Ese es el problema. Cuando la velocidad le gana al sentido, la educación pierde el alma.

La resistencia lúcida

No se trata de rechazar la IA, sino de **ponerle límites razonables**.

Preguntarnos, antes de usar una herramienta, si nos acerca o nos aleja del acto de enseñar.

Si un sistema reemplaza la conversación humana, probablemente no sea progreso: es silencio automatizado.

La inteligencia artificial puede ser aliada, pero no oráculo.

Sirve para amplificar la creatividad docente, no para tercerizarla. Y como toda herramienta poderosa, necesita supervisión y contexto.

El entusiasmo bien dirigido

Entusiasmo no es lo mismo que ingenuidad.

El buen entusiasmo es el que inspira experimentación, no el que suspende el juicio.

Podemos probar, jugar, explorar, equivocarnos, pero sin renunciar al control pedagógico.

Porque si la IA va a transformar la educación, más vale que lo haga con nosotros al volante, no en el asiento de atrás.

CAPÍTULO 5

¿Nos ayuda o nos reemplaza?

La pregunta se repite en cada charla, taller o pasillo escolar:
—¿Esto nos va a dejar sin trabajo?

A veces lo dicen en broma, pero la risa suena incómoda. Detrás del chiste hay una ansiedad real: si la máquina puede corregir, redactar y hasta dar clases, ¿qué queda para nosotros?

La respuesta corta es: **queda casi todo.**

La respuesta larga es: depende de lo que llamemos “enseñar”.

Lo que la IA hace bien (y demasiado bien)

La IA generativa es rápida, precisa y obediente.

Puede producir textos impecables, armar evaluaciones, resumir unidades, diseñar gráficos y hasta sugerir estrategias pedagógicas.

Si uno no le presta atención, puede parecer más eficiente que cualquier docente humano.

Pero lo que no tiene es **criterio**.

No distingue una buena idea de una peligrosa, una metáfora de un error, una ironía de una agresión.

Sabe *cómo suena* la inteligencia, pero no *qué significa*.

En ese sentido, la IA no es una amenaza para los buenos docentes, sino para los malos manuales.

Su terreno natural es la repetición. Y en eso el sistema educativo tiene mucho que revisar.

La trampa de la productividad

La promesa más seductora es la del ahorro de tiempo. “La IA te libera de las tareas repetitivas.”

Y sí, es tentador.

Pero liberar tiempo no garantiza que lo usemos mejor.

En algunos casos, lo que ocurre es lo contrario: la IA **acelera lo que ya estaba vacío**.

Producimos más tareas, más informes, más materiales, más de todo, pero con menos sentido.

El resultado es una pedagogía de la sobreproducción: docentes agotados, alumnos saturados y cero espacio para pensar.

El tiempo que la máquina nos ahorra debería servir para hacer lo que ella no puede: **pensar, acompañar, escuchar, interpretar**.

La ilusión de la creatividad automática

Otro mito frecuente es que la IA “fomenta la creatividad”.

En realidad, la imita.

Lo que hace es combinar fragmentos preexistentes de formas nuevas. Eso puede parecer creativo, pero no hay intención, ni riesgo, ni emoción.

Y sin esos tres ingredientes, lo creativo se vuelve decoración.

La creatividad humana no está en producir cosas nuevas, sino en **darles sentido**.

Un docente que encuentra una forma distinta de explicar una idea compleja está siendo creativo, aunque no programe ni genere imágenes con IA.

La evaluación en crisis

Uno de los mayores terremotos provocados por la IA es el de la evaluación.

Si un estudiante puede pedirle a ChatGPT que le escriba una monografía y obtener un resultado digno, ¿cómo evaluamos lo que realmente sabe?

Volver al examen escrito no soluciona nada: los machetes existían mucho antes de los algoritmos.

El desafío no es atrapar tramosos, sino **diseñar evaluaciones que valgan la pena**.

Preguntas que no puedan responderse con un prompt, sino con experiencia, reflexión o empatía.

La IA puede redactar, pero no puede **aprender de su propio error**.

Y ahí está la frontera más interesante: la que separa la producción automática del aprendizaje genuino.

El valor de lo humano

La IA no entiende el contexto. No percibe silencios, no interpreta miradas, no nota cuándo un alumno se apaga por dentro.

Puede corregir una falta de ortografía, pero no detectar un gesto de frustración.

Y eso, aunque parezca poco, **también es enseñar**.

En el fondo, lo que la IA nos está devolviendo es una pregunta antigua:

¿Qué hace que un docente sea insustituible?

No es el dominio técnico ni la cantidad de recursos que maneja.

Es la capacidad de generar sentido en el caos.

De ver lo invisible, de conectar lo abstracto con lo humano, de dar lugar al error como parte del aprendizaje.

No competimos con la IA, competimos con nuestra versión automática

El riesgo no es que una máquina nos quite el trabajo.

El riesgo es **convertirnos nosotros en máquinas**: obedientes, sobrecargados, sin tiempo para pensar ni cuestionar.

Si dejamos que la rutina y la burocracia ganen, la IA no necesitará reemplazarnos: apenas tendrá que imitarnos.

Por eso, más que resistir la tecnología, hay que resistir la mecanización del pensamiento.

La IA puede ser una aliada poderosa si la usamos como espejo.

No para que piense por nosotros, sino para ver en qué momento **dejamos de hacerlo**.

CAPÍTULO 6

¿Y la ética dónde está?

Cada vez que se habla de inteligencia artificial en educación, alguien dice:

—Lo importante es usarla con ética.

Y ahí se termina la conversación.

Porque todos están de acuerdo, pero casi nadie sabe qué significa.

La palabra *ética* suena bien, da seriedad, queda linda en una diapositiva institucional, pero no aclara nada.

La pregunta real es otra: **¿ética para quién, decidida por quién y al servicio de qué?**

Cuando el algoritmo se vuelve invisible

En muchas plataformas educativas, la IA ya está tomando decisiones que antes eran humanas: qué ejercicios mostrar, qué corrección aplicar, qué estudiante “necesita apoyo”.

Y lo hace en silencio, sin explicar por qué.

Eso también es un problema ético.

La ética no se trata solo de “no copiar” o “no usar IA para hacer trampa”.

Se trata de saber **quién tiene el control del aprendizaje**.

Cuando un algoritmo decide qué ver y qué no ver, no está siendo neutral.

Está aplicando una lógica: la lógica de quien lo programó.

Eso significa que las desigualdades, los sesgos y las omisiones del mundo real también se filtran en el aula digital.

Sesgos que enseñan

Imaginemos una plataforma que corrige automáticamente ensayos.

Si fue entrenada con textos escritos en inglés británico, penalizará a quienes usen expresiones locales.

Si se basa en patrones de escritura europeos, marcará como “incorrecto” un modo de hablar latinoamericano.

Y el mensaje que recibe el alumno es brutal: *tu forma de escribir está mal porque no se parece a la del modelo*.

Eso no es solo un error técnico. Es una forma de colonización simbólica.

La UNESCO lo llama “**enfoque humanista**”, pero dicho en criollo significa esto: “*ningún algoritmo debería decidir qué es un buen alumno sin mirar el contexto, la cultura ni la lengua.*”

La ética empieza ahí: en reconocer que los datos también tienen ideología.

El espejismo de la inclusión

Muchos proyectos prometen que la IA va a “democratizar” la educación.

Pero la democratización no sucede cuando todos usan la misma aplicación.

Sucede cuando todos pueden usarla en condiciones justas.

¿Cómo hablamos de equidad digital si una escuela rural no tiene electricidad?

¿Cómo celebramos “el futuro de la educación” cuando hay chicos que estudian con datos móviles prestados?

La IA puede ser una herramienta maravillosa... siempre y cuando haya un enchufe cerca.

En América Latina, todavía hay millones de estudiantes sin conectividad estable.

Y, sin embargo, se multiplican los discursos sobre aulas aumentadas, docentes virtuales y automatización educativa.

La brecha no es tecnológica. Es **moral**.

¿Quién cuida a los chicos cuando la IA educa?

La IA no tiene empatía, ni comprensión del daño, ni sentido de cuidado.

No distingue entre un alumno curioso y uno vulnerable.

Si un sistema recopila datos personales, ¿quién los protege?

Si un chatbot conversa con un niño, ¿quién decide qué puede o no puede decirle?

Hablar de ética en educación no es hablar de buenas intenciones.

Es hablar de **responsabilidad institucional**.

De garantizar que la tecnología sirva al aprendizaje, no al negocio.

Porque detrás de cada plataforma “gratuita” hay un modelo de negocio.

Y los datos de los estudiantes —sus clics, tiempos, respuestas— son el nuevo petróleo educativo.

De la transparencia al criterio

No existe IA ética sin transparencia.

Una escuela debería poder responder tres preguntas básicas antes de adoptar cualquier sistema:

1. ¿Qué datos recolecta?
2. ¿Para qué los usa?
3. ¿Quién puede acceder a ellos?

Si no puede responderlas, no debería usarlo. Así de simple.

Pero la verdadera ética empieza después: en las decisiones pequeñas, cotidianas.

Cuando un docente elige no automatizar una corrección porque quiere leer entre líneas.

Cuando decide conversar en lugar de delegar la retroalimentación a un chatbot.

Cuando un equipo directivo entiende que la protección de datos también es una forma de cuidar.

Ética sin solemnidad

La ética no es un manual ni un protocolo: es **criterio en acción**.

Y si algo necesitamos recuperar en este tiempo es precisamente eso: criterio.

El valor de pensar antes de hacer, de preguntar antes de copiar, de revisar antes de creer.

La educación siempre fue un acto ético, incluso antes de que existiera la tecnología.

La IA solo nos obliga a hacerlo visible.

CAPÍTULO 7

Lo que podemos hacer hoy

Después de tantos diagnósticos, advertencias y promesas, la pregunta inevitable es:

¿y ahora qué hacemos?

Porque no alcanza con decir “usemos la IA con sentido”. El desafío es convertir esa frase en algo que se pueda practicar mañana, en una escuela común, con horarios saturados, Wi-Fi inestable y docentes que ya hacen malabares con lo básico.

La buena noticia es que no hace falta un laboratorio de innovación para empezar.

Hace falta **criterio, tiempo y comunidad**. Tres cosas que escasean, pero que todavía no están del todo perdidas.

1. Enseñar con IA sin rendirse a ella

La IA puede ser un excelente asistente pedagógico si se la usa como herramienta, no como autoridad.

Puede ayudar a preparar consignas, reformular textos, generar ejemplos o visualizar datos.

Pero el diseño de la clase —las decisiones sobre qué y para qué— tiene que seguir siendo humano.

Usar IA no significa dejar de enseñar. Significa tener más margen para concentrarse en lo que solo un docente puede hacer: **leer entre líneas, acompañar procesos, detectar lo que no se dice.**

Una pregunta sencilla para guiar cualquier uso:

“¿Esto me acerca al estudiante o me aleja?”

Si la respuesta es “me aleja”, probablemente no valga la pena.

2. Enseñar a desconfiar

Los estudiantes no necesitan más tutoriales sobre cómo usar ChatGPT.

Necesitan aprender **cuándo no creerle.**

Podemos enseñarles a probar un texto generado por IA, buscar errores, verificar fuentes y discutir los resultados.

No se trata de demonizar la herramienta, sino de formar usuarios críticos.

En lugar de preguntar “¿usaste IA?”, podemos preguntar “¿qué hiciste con lo que te dio?”.

El aula debería ser el espacio donde aprendan que *automatizar* no es lo mismo que *entender*.

3. Rediseñar las consignas

Una regla práctica: si la IA puede resolver tu consigna en 15 segundos, el problema no es la IA. Es la consigna.

Las tareas que mejor resisten la automatización son las que implican **contexto, reflexión y posición personal**.

Por ejemplo:

- Pedir que comparan lo que genera la IA con una experiencia real.
- Pedir que justifiquen por qué una respuesta es válida o peligrosa.
- Pedir que evalúen el proceso, no solo el resultado.

En resumen: no evitar la IA, sino obligarla a **exponerse al pensamiento humano**.

4. Proteger la autonomía docente

No hay innovación educativa posible si el docente pierde el control sobre su trabajo.

Antes de adoptar una plataforma, conviene hacer tres preguntas básicas:

1. ¿Qué puedo modificar y qué no?
2. ¿A quién pertenecen los datos de mis estudiantes?
3. ¿Qué margen tengo para decidir cómo usarla?

Si las respuestas no son claras, el riesgo es alto.

La autonomía pedagógica no es un lujo: es el último bastión del pensamiento crítico dentro de la escuela.

5. No hacerlo solo

La IA puede parecer un tema individual —cada docente aprendiendo por su cuenta—, pero en realidad exige **estrategia colectiva**.

Las decisiones más sensatas nacen en comunidad: compartiendo dudas, errores, experimentos, aciertos.

La ética y la prudencia se construyen en grupo.

Nadie puede revisar todo lo que la tecnología cambia, pero entre varios se puede discutir lo suficiente como para no perder el rumbo.

Si la IA vino a quedarse, que nos encuentre **organizados, no fascinados**.

6. Recordar qué sigue siendo insustituible

En medio del ruido digital, conviene recordar lo esencial:

- La mirada que entiende cuándo un estudiante no está bien.
- La paciencia para acompañar procesos que no se miden con rubros.
- La intuición que permite enseñar a personas, no a perfiles de usuario.

Eso no lo automatiza nadie.

Y si algún día una máquina logra hacerlo, probablemente ya no estemos hablando de educación, sino de administración emocional a escala.

7. Cerrar con esperanza, no con resignación

No se trata de elegir entre “IA sí” o “IA no”.

Se trata de decidir **qué tipo de inteligencia queremos que crezca en nuestras aulas**.

Una que repita patrones o una que piense.

Una que produzca resultados o una que entienda procesos.

La IA puede ser una aliada formidable si logra devolvernos algo que la educación venía perdiendo: tiempo para enseñar de verdad.

Tiempo para escuchar, para experimentar, para volver a tener conversaciones que ningún algoritmo puede reemplazar.

Y eso —en un mundo de pantallas, métricas y dashboards— ya sería una revolución bastante humana.

CAPÍTULO 8

Más allá de la moda: ¿qué queremos enseñar?

La educación que queremos

Imaginemos por un momento que el ruido se apaga.

No hay alertas de WhatsApp, ni notificaciones, ni dashboards con indicadores de rendimiento.

Solo un aula —real o virtual— donde alguien enseña y alguien aprende.

Ese espacio mínimo, casi artesanal, sigue siendo el corazón de la educación.

Todo lo demás —la IA, las plataformas, los algoritmos— son prótesis, no órganos vitales.

La pregunta es: **¿qué queremos hacer con ese corazón?**

No queremos volver atrás

No se trata de romantizar la tiza ni de odiar las pantallas.

La nostalgia no educa.

Queremos tecnología, sí, pero **al servicio de la pedagogía**, no al revés.

Queremos IA que libere tiempo para pensar, no que nos convierta en botones de click.

Queremos innovación que respete la diversidad de contextos y no la homogeneice.

En otras palabras: no queremos elegir entre pasado y futuro, sino **entre superficialidad y sentido**.

Educar en tiempos de algoritmos

Los algoritmos ya están en todas partes: predicen lo que miramos, lo que compramos y hasta con quién salimos.

Lo que no deberían predecir es **quién puede aprender**.

Educar en este tiempo no es enseñar a usar tecnología, sino enseñar a **entenderla, cuestionarla y dominarla**.

Formar ciudadanos que no solo sepan escribir prompts, sino también preguntarse por qué los escriben.

En un mundo donde la información abunda y la comprensión escasea, el pensamiento crítico se volvió un acto de resistencia. Y enseñar a pensar es, hoy más que nunca, un gesto político.

Lo humano como último algoritmo

Cada nueva herramienta tecnológica promete acercarnos a algo: a la eficiencia, al conocimiento, a la verdad.

Pero la educación no trata de eso.

Trata de formar personas capaces de convivir, de elegir, de imaginar.

Y para eso hace falta algo que ningún modelo puede replicar: **empatía**.

Podemos programar una IA para responder preguntas, pero no para sostener una mirada cuando alguien se frustra.

Podemos pedirle que redacte un texto perfecto, pero no que entienda lo que significa sentirse comprendido.

El aprendizaje ocurre en ese territorio difuso donde la información se vuelve experiencia.

Y ese proceso, por ahora, sigue siendo exclusivamente humano.

La escuela como lugar de sentido

La escuela del futuro no necesita más pantallas: necesita más propósito.

No más datos, sino **mejores preguntas**.

No más control, sino confianza.

La IA puede ayudarnos a administrar la educación, pero no a **imaginárla**.

Esa tarea sigue siendo nuestra.

Si la tecnología es un espejo, la escuela debería enseñar a mirarse en él sin perder el rostro.

Un cierre sin punto final

Nada de esto está terminado.

La inteligencia artificial apenas está empezando a moldear nuestras prácticas, y nosotros estamos aprendiendo a convivir con ella mientras cambia las reglas.

Pero eso nunca fue nuevo: la educación siempre fue un experimento en tiempo real.

Así que, más que un cierre, este capítulo es una invitación.

A volver a pensar qué enseñamos cuando enseñamos.

A recuperar la curiosidad como herramienta política.

A no delegar en una máquina la responsabilidad de decidir qué vale la pena aprender.

Porque si algo debería quedarnos claro después de todo este recorrido, es que la verdadera educación no es aumentada, ni digital, ni generativa.

Es, simplemente, **humana con toda intención**.

EPÍLOGO

La puerta abierta

Este libro no pretende agotar el tema.

De hecho, nació precisamente porque el tema nos desborda.

Hablar de inteligencia artificial en educación es hablar de una época entera, y ninguna guía —ni esta ni ninguna— puede ponerle punto final a una conversación que recién empieza.

Inteligencia Artificial en el aula: Lo Bueno, Lo Malo y Lo Peligroso fue pensado como una entrada accesible a un debate que suele quedarse atrapado entre papers y conferencias.

La idea no fue simplificar, sino **traducir**: llevar la reflexión académica al aula cotidiana, a la sala de profesores, al grupo de WhatsApp de los que todavía creen que enseñar sigue siendo una forma de resistencia.

Detrás de estas páginas hay otro trabajo más amplio: *Pedagogía Aumentada: cómo enseñar y aprender en tiempos de algoritmos y creatividad artificial*.

Ahí están las fuentes, los estudios, las matrices comparativas y las hojas de ruta para instituciones que quieran implementar la IA con criterio.

Este libro, en cambio, eligió hablar con voz de pasillo, sin citas al pie, para quienes viven la docencia entre el cansancio, la curiosidad y la esperanza.

Porque la educación no necesita gurús digitales: necesita conversaciones honestas.

Y si este texto logra abrir alguna —en una escuela, en un café o en un aula que todavía huele a marcador y a mate—, habrá cumplido su propósito.

La puerta queda abierta.

Del otro lado, siguen los algoritmos, las preguntas y, por suerte, los humanos que se animan a pensar.

ANEXO I:

7 preguntas para no dejarte engañar por la IA

Estas preguntas no buscan demonizar la tecnología, sino ayudarte a reconocer cuándo la innovación deja de servir a la educación y empieza a distraerla.

1. ¿Quién decide cómo se usa?

Toda herramienta tiene detrás una lógica, una empresa o una política. Saber quién la diseñó es entender para quién trabaja.

2. ¿Qué datos recopila y para qué?

Ninguna plataforma es realmente “gratuita”. Si no pagás con dinero, probablemente estés pagando con datos.

3. ¿Qué problema resuelve realmente?

No todo lo que brilla es innovación. Antes de adoptarla, pregúntate si resuelve un problema pedagógico o solo uno administrativo.

4. ¿Podría hacerlo sin IA?

Si la respuesta es sí, quizás no necesitás inteligencia artificial, sino tiempo, diálogo o criterio.

5. ¿Qué impacto tiene en mis estudiantes?

¿Aprenden más o solo entregan más rápido? La diferencia entre producir y comprender sigue siendo la clave.

6. ¿Qué pierdo si la dejo decidir por mí?

Automatizar sin revisar es ceder autonomía. La eficiencia no siempre vale el costo pedagógico.

7. ¿Estoy usando tecnología o siendo usado por ella?

La pregunta incómoda que sostiene todas las demás.

Recordatorio: las herramientas cambian, los principios no. Enseñar sigue siendo un acto de criterio, no de moda.

7 preguntas para no dejarte engañar por la IA

Para usar la tecnología con criterio,
no por costumbre

1. ¿Quién decide cómo se usa?

2. ¿Qué datos recopila y para qué?

3. ¿Qué problema resuelve realmente?

4. ¿Podría hacerlo sin IA?

5. ¿Qué impacto tiene en mis estudiantes?

6. ¿Qué pierdo si la dejo decidir por mí?

7. ¿Estoy usando tecnología o siendo usado por ella?

© 2025 Regina N. Molares

ANEXO II:

Checklist para docentes

IA en el aula sin perder criterio

Una guía práctica para revisar si la tecnología que usás realmente mejora el aprendizaje o solo lo acelera.

Antes de implementar:

- Sé qué hace la herramienta, cómo funciona y qué no puede hacer.
- Verifiqué qué datos pide y a quién se entregan.
- Tengo claro para qué la voy a usar y qué valor pedagógico aporta.
- Puedo explicar a mis alumnos por qué elegí usarla.

Durante el uso:

- Reviso los resultados que genera y corrojo los errores que detecto.
- No delego la evaluación ni la retroalimentación sin supervisar.
- Promuevo el pensamiento crítico: mis estudiantes saben cuestionar lo que produce la IA.
- Si algo no me convence, priorizo el diálogo humano sobre el resultado automático.

Después:

- Evalúo si la herramienta realmente ahorró tiempo o solo cambió de forma el trabajo.
- Comparto experiencias con colegas: la ética también se construye en grupo.
- Ajusto o abandono lo que no funciona. No hay innovación sin criterio.

Consejo final: usar la IA como se usa una lupa: para mirar mejor, no para dejar de mirar.

GLOSARIO

Algoritmo

Conjunto de pasos o reglas que una computadora sigue para resolver un problema. En la práctica, es la receta que le dice a la máquina qué hacer.

Analíticas de aprendizaje

Sistemas que recopilan y procesan datos de estudiantes (como tiempos, calificaciones o participación) para generar informes o predicciones. No enseñan: solo observan y clasifican.

Automatización

Proceso por el cual una tarea humana se transfiere a una máquina o programa. En educación, puede significar desde corregir automáticamente hasta recomendar contenidos.

Chatbot

Programa que conversa con personas mediante texto o voz.

ChatGPT es un ejemplo: responde preguntas y genera texto como si pensara, pero en realidad calcula probabilidades.

ChatGPT

Modelo de lenguaje desarrollado por OpenAI. Usa inteligencia artificial generativa para producir textos a partir de indicaciones escritas (*prompts*). No entiende lo que dice; predice palabras que “suena” bien poner juntas.

Dashboard

Panel de control visual que muestra información resumida mediante gráficos o indicadores. Muy útil para ver datos, aunque no necesariamente para comprenderlos.

E-learning

Aprendizaje en línea mediante plataformas digitales. No es sinónimo de innovación; depende del uso pedagógico que se haga.

IA (Inteligencia Artificial)

Conjunto de tecnologías que permiten que las máquinas realicen tareas que solemos asociar con la inteligencia humana: reconocer patrones, generar texto, predecir resultados o tomar decisiones.

IA generativa

Rama de la IA capaz de producir nuevos contenidos (texto,

imágenes, música, código) a partir de modelos entrenados con grandes volúmenes de datos. ChatGPT y DALL·E son ejemplos.

Inclusión digital

Acceso equitativo a la tecnología y la conectividad. No se trata solo de tener dispositivos, sino de poder usarlos en condiciones que no reproduzcan desigualdades.

Machine learning (aprendizaje automático)

Método por el cual los sistemas de IA “aprenden” de los datos sin estar programados explícitamente para cada tarea. Básicamente, el algoritmo ajusta sus reglas según los ejemplos que recibe.

Plataforma educativa

Entorno digital donde se desarrollan clases, tareas, evaluaciones y comunicaciones (como Classroom, Moodle o Canvas). Muchas ya integran funciones de IA.

Prompt

Instrucción o pedido que una persona escribe para que un sistema de IA generativa produzca una respuesta. La calidad del resultado depende de cómo se formule el prompt.

Sesgo algorítmico

Distorsión en los resultados de una IA causada por los datos con los que fue entrenada o por las decisiones de diseño de quienes

la programaron. Puede generar desigualdad o exclusión sin que se note.

Start-up

Empresa joven, generalmente tecnológica, que busca crecer rápido ofreciendo soluciones innovadoras (a veces antes de probar si funcionan).

UNESCO

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. Emite guías y marcos éticos internacionales sobre el uso responsable de la IA en educación.

BIBLIOGRAFÍA

Breve y comentada

UNESCO (2023). *Guía para el uso de la inteligencia artificial generativa en la educación y la investigación.*

Documento clave que inspira buena parte del enfoque ético y de inclusión de este libro.

OCDE (2021). *AI in Society: Challenges and Opportunities.*

Ánalisis sobre el impacto de la IA en distintos sectores, con énfasis en educación y trabajo.

UNESCO (2021). *Recomendación sobre la ética de la inteligencia artificial.*

Marco internacional adoptado por más de 190 países, base de las discusiones sobre gobernanza.

Berkovich, I. y Benoliel, P. (2022). *Educational Leadership and Artificial Intelligence.*

Explora cómo la IA está cambiando las prácticas de gestión escolar.

Williamson, B. y Piattoeva, N. (2022). *Education Governance and Datafication.*

Ánalisis crítico sobre el uso político y económico de los datos en educación.

OpenAI (2024). *System Card for GPT-4.*

Documento técnico que explica cómo se entrena y limitan los modelos generativos actuales.

SOBRE LA AUTORA

Regina N. Molares es especialista en **ciencias de datos aplicadas a la educación**. Coordina y diseña programas de formación en análisis de datos, alfabetización digital y pensamiento crítico para docentes y profesionales técnicos.

Con amplia experiencia como **docente, creadora de contenidos y coordinadora académica**, ha trabajado en proyectos de capacitación pública y privada orientados a integrar la tecnología en el aula sin perder de vista lo humano.

Es autora de *El sesgo del desarrollador* y *La dictadura de la torta*, dos obras que abordan —desde el humor y la reflexión— los automatismos técnicos y los desafíos del pensamiento analítico en la era digital.

Su libro *Pedagogía Aumentada: Cómo enseñar y aprender en tiempos de algoritmos y creatividad artificial* (2025) profundiza el marco teórico, ético y metodológico que da origen a este

volumen.

Allí desarrolla una hoja de ruta para instituciones y equipos docentes que buscan aplicar la inteligencia artificial con criterio, equidad y sentido pedagógico.

Desde sus espacios **Data Regina** y **Te Rompo la Data**, combina divulgación, investigación y enseñanza para acercar el mundo de los datos y la tecnología a las personas comunes: con claridad, humor y una convicción firme —que la educación sigue siendo un acto profundamente humano, incluso en tiempos de algoritmos.

PARA SEGUIR EN CONTACTO

Este libro fue escrito y distribuido de forma libre, con el deseo de compartir una mirada distinta sobre la IA en la educación.

Si te resultó útil, te inspiró o te acompañó en alguna transformación profesional, podés ayudarme a seguir creando contenidos abiertos con una colaboración voluntaria.

✉ Alias MercadoPago: webchick73.mp

📍 LinkedIn: linkedin.com/in/regina-molares

📊 Kaggle: kaggle.com/dataregina

✉ Contacto directo: data.regina.cursos@gmail.com

Gracias por leer. Y sobre todo, por pensar.

La inteligencia artificial ya entró en las aulas. Algunos la prohíben, otros la veneran, y mientras tanto pocos se preguntan qué está cambiando realmente cuando enseñamos con algoritmos.

Este libro nació del trabajo más amplio de Regina N. Molares en *Pedagogía Aumentada: Cómo enseñar y aprender en tiempos de algoritmos y creatividad artificial*, donde explora los marcos éticos y las tensiones que la tecnología trae a la educación.

Aquí, esas ideas se vuelven cercanas y aplicables: qué vale la pena automatizar, qué no, y cómo mantener el sentido humano en medio de tanta novedad.

Con humor, claridad y mirada crítica, *Inteligencia Artificial en el aula* invita a pensar sin miedo, a usar sin ingenuidad y a enseñar sin delegar el criterio.

Regina N. Molares —docente, creadora de contenidos y especialista en ciencias de datos aplicadas a la educación— es también autora de *El sesgo del desarrollador* y *La dictadura de la torta*.

Con este nuevo libro, vuelve a recordarnos algo esencial:

“La tecnología puede ayudarnos a enseñar,
pero la humanidad no se puede reemplazar con ningún
algoritmo.”